

ZAMUDIO.  
Tu cama es un buen bocado;  
Pero casarse es buen grito.

LUCÍA.  
Pues quien ama y eso niega,  
Tome lo que le viniere;  
Que si un gorrón no me quiere,  
Más de un bonete me ruega.

ZAMUDIO.  
Pues que con tal condición,  
Lucía, te has de vender,  
Siempre te quieres volver,  
Al abrazarte, en león.

LUCÍA.  
¿Acabaste de leer?

DOÑA CLARA.  
Ya he leído.

LUCÍA.  
¿Qué invención  
Es la de aqueste cajón?

DOÑA CLARA.  
¿Tanta prisa?

LUCÍA.  
Soy mujer.

DOÑA CLARA.  
Oye pues, y no te espante  
Mi pensamiento atrevido;  
Que siempre el amor lo ha sido,  
Y sabes que soy amante.  
Háme contado don Diego  
Que en la cueva donde está  
Retraído, hay una estatua  
Con cabeza de metal,  
Que por un secreto aliento  
De espíritu celestial,  
Disuelve, á quien le pregunta,  
La mayor dificultad:  
Dice el estado presente  
De los que ausentes están,  
Y de venideros casos  
Ciertos pronósticos da.  
Pues yo, que en un punto tengo  
De mujer curiosidad,  
De enamorada temores,  
Recatos de principal;  
Para salir destas dudas  
La pretendo consultar,  
Y fingiendo otros intentos  
Se la he pedido al Guzman.  
El, como tiene en la mia  
El norte su voluntad,  
Hoy la estatua me ha enviado,  
Que en este cajón está;  
Y en este papel me envía  
Figurada una señal,  
Que formándola en su boca,  
Es la que la obliga á hablar.  
Dice que cuando la noche  
Haya hecho la mitad  
De su curso, y las estrellas  
Vaya escondiendo en el mar,  
Quien á solas la consulte  
Grandes misterios sabrá;  
Y en particular en cosas  
De amor, la cierta verdad;  
Porque entonces está Vénus  
Puesta en no sé qué lugar,  
Que es mas propicio al encanto  
Que tanta fuerza le da.  
Esto contiene el cajón:  
Si tienes que consultar,  
Llega conmigo, y haré  
La misteriosa señal;  
Que me has de dejar, Lucía,  
Sola, si las doce dan;  
Que quiero de mis amores  
Saber en qué han de parar.

LUCÍA.  
¿Tendrás ánimo, señora?

DOÑA CLARA.  
El amor me lo dará.  
¿Y tú?

LUCÍA.  
Para tales cosas,  
¿Faltóle á mujer jamás?  
¿Hay alguna que no tenga,  
Si ausente ó celosa está,  
Un poco de echar las habas,  
Y un mucho de conjurar,  
El cedacillo, el rosario  
(Que de eso les sirve ya),  
El chapín y la tijera,  
Espejo de agua ó cristal,  
Las candelillas y sierpe  
De cera, que vueltas da  
Entre el agua y el fuego, y prendas  
De la dama y el galán?  
Mujer hay, que el ir á misa  
Sola, gran miedo le da,  
Y á media noche un ahorcado  
Suele á solas desdentar.

DOÑA CLARA.  
Cierra la puerta, Lucía:  
No entre mi padre.

LUCÍA.  
Ya está  
Cerrada. — ¡Ay, Dios! Todavía  
(Abren el cajón; parece una estatua con  
la cabeza de color de metal.)  
Me da miedo su fealdad.  
El cabello se me eriza;  
Frio de cesion me da.

DOÑA CLARA.  
Tambien estoy yo temblando,  
Si he de decir la verdad.  
Pero ya estamos aquí.  
(Hácele en la boca á la estatua una se-  
ñal, como letra, con el dedo.)  
Quiero hacerle la señal.  
Pregúntale algo, Lucía.

LUCÍA.  
Tú preguntarle podrás;  
Que yo no sabré, señora.

DOÑA CLARA.  
Confiesas tu necesidad;  
Que en nada se muestra un sabio  
Como en saber preguntar;  
Y un necio se manifiesta  
Preguntando mucho y mal.  
Mas pregunta, aunque te yerres.

LUCÍA.  
Encomiéndame á san Blas. —  
Señora estatua, yo pido  
Que me diga cómo está.

DOÑA CLARA.  
¿Qué disparate!

LUCÍA.  
Escuchemos  
La respuesta que nos da.

DOÑA CLARA.  
¿Había de responder  
A tan grande necesidad?  
Aun acá, un hombre ruin,  
Si se ve en alto lugar,  
Se indigna de que ninguno  
Le pregunte cómo está;  
Y por no dar por respuesta  
Que está á su servicio, hará  
Mas trazas que un extranjero,  
Mas trampas que un natural.  
¿Qué quieres que te responda  
Esta cabeza, incapaz,

O por bronce ó por divina,  
De tener enfermedad?  
Otra cosa le pregunta,  
Dificultosa.

LUCÍA.  
Ya va.  
¡Agora sí que has de ver,  
Señora, mi habilidad!

DOÑA CLARA.  
DON PEDRO, dentro.  
¡Hola!  
(Cierra doña Clara el cajón.)

DOÑA CLARA.  
Mi padre llamó:  
Véle presto á desnudar:  
No se venga acá.

LUCÍA.  
Yo voy.

DOÑA CLARA.  
Cierra esa puerta tras tí;  
Y si pregunta por mí,  
Di que ya durmiendo estoy.

LUCÍA.  
Las doce dan: ¿volveré?

DOÑA CLARA.  
No tan presto; porque quiero  
Consultar sola primero  
Mi amor: yo te llamaré.

LUCÍA.  
Tu miedo mi sangre enfria.

DOÑA CLARA.  
Estáte en el corredor;  
Que si me aprieta el temor,  
Te daré voces, Lucía.  
(Vase Lucía.)  
Amor y desconfianza  
Juntos sin duda han nacido;  
Que aun del amor ya creído  
Es fuerza temer mudanza.  
Perdona, don Diego mio:  
Que como tanto te quiero,  
Ó firmezas desespere,  
Ó verdades desconfío.  
Mucho me obliga á creer  
Tu servir y porliar;  
Mas no quererte casar  
No da menos que temer:  
Y así mi temor querria  
Saber en esta ocasión  
La verdad de tu afición  
O el engaño de la mia.

DOÑA CLARA.  
Abre el cajón, y sale del DON DIEGO;  
que el cajón ha de tener la espalda  
tambien hecha puerta, que se abre  
hacia el vestuario, de suerte que la  
gente no lo eche de ver: y así, cuando  
doña Clara cierra el cajón, abren la  
puerta trasera, y quitan la estatua,  
y entra don Diego.

DOÑA CLARA.  
¡Ay Dios!

DOÑA CLARA.  
Mi querida Clara,  
No temas: don Diego soy.

DOÑA CLARA.  
¡Jesus!

DOÑA CLARA.  
Si contigo estoy,  
¿Qué temes? Muestra esa cara.  
Si piensas, señora mia,  
Que miente esta obscuridad,  
Para saber la verdad  
Muestra el rostro, y saldrá el dia.

## ACTO TERCERO.

Salen DON DIEGO, EL MARQUÉS,  
y ZAMUDIO.

DON DIEGO.

Señor Marqués, no querria  
Que diese todo el rigor  
Del juez pesquisidor  
En el preso don García:  
Y ya que por vos soltarlo  
El Corregidor no quiso,  
O no pudo, es cuerdo aviso  
Por bien ó por mal librarlo,  
Y venga lo que viniere.

ZAMUDIO.

Todo saldrá en la colada.

MARQUÉS.

De ese brazo y esa espada  
No hay hazaña que no espere.

DON DIEGO.

En vuestro valor me fio.

MARQUÉS.

Pues ya en mandarme tardais;  
Que si un amigo ayudais,  
Yo un amigo y deudo mio.

DON DIEGO.

Por arte mágica intento  
Que rompamos la prision.

MARQUÉS.

Presta determinacion  
Da presto arrepentimiento.  
Recelo del Rey la ira.

DON DIEGO.

Grandes hazañas, entiende  
Que nunca bien las emprende  
El que los peligros mira.

Y el Rey, llegado á rigor,  
¿Qué tanto se ha de enojar?  
¿Tan gran delito es librar  
A un deudo suyo un señor?

¿Tanta culpa deshacer  
El agravio que le ha hecho  
El Corregidor? Sospecho  
Que ántes os da á merecer.

¿Qué delito ha cometido  
Contra su rey don García?  
¿Qué traicion ó qué herejía?  
¿Qué monasterio ha rompido?

De una resistencia, ¿puede  
Hacer el Rey tanto caso?  
¿No es cosa que á cada paso  
En todo el mundo sucede?

Y cuando fuera mayor  
Su delito y vuestro exceso,  
¿Cuerpo de Dios! para eso  
Os hizo Dios gran señor.

MARQUÉS.

Si; mas los señores son  
De la república espejos.

DON DIEGO.

¿Qué intempestivos consejos!  
¿Qué cordura sin razon!  
¿Llegar á viejo pensais  
Sin ser mozo, por ventura?

¿O para la edad madura  
Las mocedades guardais?  
Pero no sois menester;  
Que yo, aunque pobre escudero,  
Basto solo, y solo quiero  
Tan justa hazaña emprender.

No de vuestro encantamiento  
Pendiente el remedio está;  
Que el frances me ayudará  
Para tan honrado intento:

Y cuando no pueda tanto  
Yo con el arte encantada,  
Tengo un brazo y una espada  
Que pueden más que el encanto.

MARQUÉS.

Para darle libertad,  
Más cuerdo medio apercibo;  
Que será cierto, si escribo  
Sobre ello á su Majestad.  
No de otra suerte; que son  
En los mas grandes señores  
Más culpables los errores.  
Esta es mi resolusion.

(Vase.)

¿Que así se me haya excusado  
Don Enrique?

ZAMUDIO.

Cuerdo es.  
¿Qué dice dél el frances?

DON DIEGO.

Largamente ha disputado  
De arte mágica con él,  
Admirado el viejo está,  
Y despues de Merlin, da  
A don Enrique el laurel.

ZAMUDIO.

¡Ay de mí, que lo he probado,  
Y vi una cabeza hablar!  
—Mas acaba de contar  
Lo que habias comenzado.

DON DIEGO.

¿En qué estábamos?  
Decias  
De doña Clara el valor,  
Cuando por fuerza ó amor  
Sujetarla pretendias.

DON DIEGO.

Yo pues, con su resistencia  
Más abrasado me vi,  
Como á la palma oprimida  
El peso ayuda á subir.  
Crece en la discorde lucha  
El venéreo ardor en mí,  
Y en ella el marcial esfuerzo,  
Si no tema mujeril.  
Entre ruegos y amenazas,  
Con estar tan ciego, vi  
Pintar los afectos varios  
En su rostro un vario abril.  
Ya el temor en las mejillas  
Esparce blanco jazmin;  
Ya la virginal vergüenza  
Vierte clavel carmesi.  
Llora sudor de congoja  
El animado marfil;  
Que es todo el cuerpo á llorar,  
Si es toda el alma á sentir.  
Las lágrimas perlas son,  
Que entre el diamante y rubí  
Coge el cabello esparcido  
En hilos de oro sutil:  
Estos imitan los rayos  
Que el sol derrama al salir  
Sobre la escarcha de enero  
O las flores del abril.  
Cuando con mis fuertes brazos  
Ciño su cuerpo gentil,  
Enlazados considero  
A Vénus y Marte así,  
Mas con afectos trocados,  
Porque Vénus está en mí  
De amoroso, y Marte en ella  
De esforzada y varonil.  
¿Quién vió la amorosa yedra  
A un muro de nieve asir,  
O por árbol de diamante  
Tregar la halagüeña vid?

Su honor opone á mi ruego,  
A mi fuerza el resistir,  
A mi ternera un demonio,  
A mi enojo un serafin.  
No sé qué haga perdido;  
Medios pruebo mas de mil;  
Doyle palabra de esposo,  
Juro que la he de cumplir...  
¿Quién pensara que mujer  
Que jura morir por mí,  
En tal ocasion, con esto  
No diera á mis ansias fin?  
«No precio palabras, dijo;  
Que nunca, don Diego, vi  
Al que deseoso ofrece,  
Arrepentido cumplir.  
Si ser mi esposo pensaras,  
No hubieras venido así;  
Que no busca malos medios  
El que camina á buen fin.  
Si has de casarte, no quieras  
Que haya yo sido ruin;  
Y si me engañas, no quiero  
Quedar sin honra y sin tí:  
Y para acabar porfias,  
Yo me determino aquí  
A no cumplir tu deseo,  
O entre tus manos morir.»  
—Con esto, yo en tema el gusto,  
Y en furia el amor volví,  
Y determiné forzar,  
Pues no pude persuadir.  
Cogí mi Dafne en los brazos;  
Ménos la pude rendir;  
Que hecha un globo de diamante,  
Tuvo sus fuerzas en sí.  
En esto nos halló el alba;  
Y como la vi reir,  
Avergonzado y vencido  
De la estacada sali.

ZAMUDIO.

¿Qué llamas, señor, vencido?  
¿Qué llamas avergonzado?  
¿Quién tan gran honra ha ganado?  
¿Quién tal victoria ha tenido?  
Si casándote pudiste  
Gozalla, y no te casaste,  
La mayor palma alcanzaste;  
Que á tí mismo te venciste.  
Si el no podella vencer  
Por fuerza, te avergonzó,  
Cosa es que nadie alcanzó  
El forzar una mujer.  
Propuso un hombre el agravio  
De otro, que forzado habia  
Una hija que tenia;  
Mas el juez, como sabio,  
Su espada desenvainada  
Al querellante le dió,  
Y él con la vaina quedó,  
Y dijo: «Envaina esa espada.»  
El juez aquí y allí  
La vaina apriesa movía;  
El, que acertar no podia  
Con la vaina, dijo así:  
«¿Cómo he de envainar la espada,  
Si la vaina no está queda?»  
«El dijo: Con eso queda  
Vuestra causa sentenciada.»  
Así que, si no pudiste  
Esté imposible alcanzar,  
Consuélate con pensar  
Que el de vencerte venciste.—  
¿Y piensas volverla á ver?

DON DIEGO.

Entre el agravio y la pena,  
Hallo que es mujer tan buena  
Buena para mi mujer.

ZAMUDIO.

No hará poco si te quiere

Para marido, señor,  
Cuando da el Pesquisidor  
Premio á quien te descubriere,  
Y á quien te encubra, castigo.

DON DIEGO.

¿Quién esa nueva te ha dado?

ZAMUDIO.

Hoy así se ha pregonado:  
Y está de suerte contigo  
Airado el Corregidor,  
Que por poderse vengar,  
Jura que ha de aventurar  
Hacienda, vida y honor.

DON DIEGO.

Pues guárdese de don Diego;  
Que estoy restado.

ZAMUDIO.

Señor,  
Pienso que fuera mejor  
Tomar las de Villadiego.  
(*Vanse.*)

Sale DON GARCÍA, con prisiones.

DON GARCÍA.

Cuando la noche á su amador Morfeo  
Tiende lasciva el amoroso brazo,  
Y en su dulce regazo  
Pierde el cuidado y logra su deseo,  
De sus urnas vertiendo celestiales  
Descanso igual á todos los mortales;  
A mí de su licor parte no alcanza,  
Todo de mis pesares ocupado,  
El cuerpo aprisionado,  
Cautiva el alma, ajena de esperanza,  
Pues nunca á Clara condolida veo,  
Ni alivio en mi prision ni en mi deseo.  
Mas ¿qué súbita luz tan á deshora  
Destá prision la obscuridad desvía?  
¿Si ya amanece el día? [rora.  
Mas ni aquí llega el sol, ni entra la au-  
Con modo por jamas usado, abiertas  
De la cárcel están las duras puertas.

Salen DON DIEGO, y ZAMUDIO con una hacha encendida.

DON GARCÍA.

[veo?  
Don Diego de Guzman ¿no es el que  
¡Cielos! El es, ¿qué dudo? Amigo caro,  
Decidme: ¿quién tan raro  
Milagro obró? ¿Es engaño del deseo?  
¿Cómo solos abris en horas tales  
Los dos tan libremente estos umbra-  
DON DIEGO. [les?

Ya que de vuestro deudo don Enrique  
Obra el favor ha hecho tan extraña,  
No hay imposible hazaña  
A que el ánimo yo por vos no aplique;  
Que no he de estar yo libre, don Garcia,  
Y preso vos, mitad del alma mia.  
(*Quítale las prisiones.*)

Sacad los nobles piés del hierro duro,  
Y gozaréis del cielo la pureza;  
Que no á vuestra nobleza,  
Giron, conforma el calabozo obscuro.

DON GARCÍA.

¡Oh raro ejemplo! Eternamente cante  
La fama al mundo amigo tan constante.  
Como la cera al sol, en vuestra mano  
El hierro desconoce su costumbre.  
No á bramadora lumbre,  
No á golpe fuerte del feroz Vulcano  
El metal pertinaz así obedece.

DON DIEGO.

Tanto la humana ciencia resplandece.

Sale UN PRESO 1.º

PRESO 1.º

¿Qué es aquesto, santo cielo!  
Don Diego es.— Por Dios, señor,  
Yo tambien á tu valor,  
Del Corregidor apelo.

DON DIEGO.

¿Por qué causa preso estás?

PRESO 1.º

Don Sancho se ha querellado  
De que en su casa me ha hallado  
Con una hija suya.

DON DIEGO.

¿Hay más?

PRESO 1.º

No más.

DON DIEGO.

Injusta querella  
Don Sancho de tí formó,  
Porque si ella te admitió,  
La que le ha ofendido es ella.  
Libre estás.

(Vase el Preso 1.º)

Sale UN PRESO 2.º

DON DIEGO.

Tú, ¿por qué estás  
Preso? Dilo brevemente.

PRESO 2.º

Porque maté á un maldiciente.

DON DIEGO.

¿Qué buen gusto! Libre vas.  
(Vase el 2.º)

Sale UN PRESO 3.º

DON DIEGO.

Y tú, ¿por qué?

PRESO 3.º

Di á un cochero  
Exento una cuchillada.

DON DIEGO.

Cosa tan bien empleada,  
La premiara yo primero.  
Libre vas.

Sale el ALCAIDE, con llaves y baston.

ALCAIDE.

¿Qué es lo que estoy  
Mirando, cielos! ¿Abiertas  
Tan de par en par las puertas!

DON DIEGO.

¿Quién sois?

ALCAIDE.

El Alcaide soy.

DON DIEGO.

Callad, si queréis vivir.  
Dadme de entradas el libro.

ALCAIDE. (Ap.)

Si desta con vida libro,  
Religioso he de morir. (Vase.)

DON GARCÍA.

Don Diego, ¿qué es lo que haceis?  
¿Todos los presos echais?  
¿Estáis loco? ¿No mirais  
El riesgo á que nos poneis?

DON DIEGO.

En esto que veis he dado,  
Y más, si pudiese, haria,  
Porque quedeis, don Garcia,  
Del Corregidor vengado.

ZAMUDIO.

Pague así las obras malas,  
Y sepa con quién las ha;  
Que el cuervo no puede ya  
Ser mas negro que las alas.  
(El Alcaide saca un libro lleno de pólvora; pónelo sobre un agujero pequeño del teatro.)

ALCAIDE.

Este es el libro, señor,  
Que todo mi cargo encierra.

DON DIEGO.

Poneldo, Alcaide, en la tierra.  
Decid al Corregidor  
Que don Diego de Guzman  
Le quiere dar á entender  
Cuánto le excede en poder;  
Que estas obras lo dirán.  
Que haya paz entre los dos,  
Y pida á su Majestad  
Mi perdón y libertad;  
(Dan fuego al libro por debajo del teatro.)

Porque si no; vive Dios,  
Que del modo que se abrasa  
Ése libro, y con querer  
Solamente lo hago arder,  
Lo he de abrasar en su casa!

ALCAIDE.

Así lo haré. (Ap. Tan extraños  
Portentos, ¿quién los creará?  
O se acaba el mundo ya,  
O sueño tales engaños.) (Vase.)

Sale ANDRES.

ANDRES.

Gran don Diego, el favor vuestro  
Pide ya quien os le dió;  
Que el Corregidor prendió  
A Enrico, vuestro maestro.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

ANDRES.

Que preso va.  
DON DIEGO.

Hoy verá si grato soy.  
Libertad le he de dar hoy:  
O sin vida me verá.

DON GARCÍA.

Pues, don Diego, ¿qué intentais?

DON DIEGO.

Juntar mis amigos luego,  
Y librallo á sangre y fuego. (Vase.)

DON GARCÍA.

De un abismo en otro dais.

ZAMUDIO.

Pues no es el menor abismo  
Ver que no se libra á sí  
Enrico. Bien entra aquí:  
Médico, cura á tí mismo.

ANDRES.

Misterios divinos son.  
Yo estoy temblando, Zamudio.

ZAMUDIO.

No hay sino aquí del estudio,  
Y ande el palo y coscorron.  
(Vase.)

Salen DOÑA CLARA y LUCÍA.

LUCÍA.

¿Adónde va tu padre tan apriesa?

DOÑA CLARA.

A remediar locuras de don Diego;

A.

LA CUEVA DE SALAMANCA.

Que anoche, dicen, que por un encanto  
Las cárceles rompió, y á don Garcia  
Libró con los demas presos que habia.

LUCÍA.

¡Jesus!

DOÑA CLARA.

Pues oye más; que esta mañana,  
En lugar de los reos que ha soltado,  
Presos los querellantes se han hallado.

LUCÍA.

Será por arte mágica.

DOÑA CLARA.

Tras esto,  
Porque prendió el Corregidor á Enri-  
Tiene la escuela toda amotinada. [co,  
Y á quitársele va de mano armada.  
Y así partió mi padre, cuidadoso  
De dar con el juez alguna traza  
De remediar el daño que amenaza.

Salen DON PEDRO y ENRICO.

DON PEDRO.

En esta corta casa, oh sabio Enrico,  
No el preso habeis de ser, sino el alcai-  
ENRICO. [de.

Vuestra nobleza mi pesar alivia.

DON PEDRO.

Clara...

DOÑA CLARA.

Señor...  
DON PEDRO.  
Regala al noble Enrico,  
Que es nuestro huésped.

ENRICO.

Vuestro humilde preso.  
DON PEDRO.

Y porque al punto ha de partir el propio  
Que se despacha al Rey sobre estos ca-  
[sos,

Y el regimiento me encargó su carta,  
Para entrar á escribir me dad licencia.  
(Vase.)

ENRICO.

Vuestro es el mando, mia la obediencia.

DOÑA CLARA.

¿Cuál, Enrico famoso, fué el suceso  
Que os ha traído á nuestra casa preso?

ENRICO.

Como el Pesquisidor, hermosa Clara,  
Me prendió, y el estudio amotinado  
Resuelto á darme libertad marchaba,  
Salió al encuentro vuestro noble pa-  
Y para asegurarlos, ofrecióles [dre;  
De parte del juez que me tendria  
En vuestra casa preso, más seguro  
De su rigor, en tanto que á su Alteza  
Se consulte el remedio destes daños.  
Don Diego de Guzman, que era el cau-  
[dillo,

En viendo á vuestro padre, respetóle,  
Y el partido acetó, poniendo luego  
En el estudio universal sosiego.

DOÑA CLARA.

Gracias doy á la suerte, que ha querido  
Honrar mi casa.

ENRICO.

¿Qué dices?  
DON GARCÍA.

Y ya que en ella por mi dicha os veo,  
Espero ver cumplido mi deseo.

ENRICO.

Hablad pues, bella Clara; que no hay  
Como vos la queráis, dificultosa.

DOÑA CLARA. [canza,  
El gran poder que vuestra ciencia al-  
Segun la fama, anima mi esperanza.

ENRICO.

Segura de mi fe, podeis mandarme;  
Que serviros de mí, será obligarme.

DOÑA CLARA.

¿Qué estado he de tener, saber querria.

ENRICO.

Un número escoged.

DOÑA CLARA.

Escojo veinte.

ENRICO.

Las seis son: casaréis dichosamente,  
Segun la judiciaria astrologia.

DOÑA CLARA.

¿Sabré con quién? Que solo el que de-  
El alma, hará que venturosa sea.

ENRICO.

¿Quereislo ver?

DOÑA CLARA.

¡Mi pecho se holgaria.

ENRICO.

Venga un espejo.

DOÑA CLARA.

Sácale, Lucía.

(Vase Lucía.)

[no,  
(Ap. Si no es don Diego, cielo sobera-  
No quiero vida, no, para otra mano.)  
(Lucía saca un espejo de dos tapas: en  
la una está la luna sola, y tras de esta  
hay otra que tiene debajo un retrato  
de don Diego, y entrambas salen y  
entran.)

LUCÍA.

El espejo está aquí.

ENRICO.

¿Qué veis agora en él? (Quita la tapa.)

DOÑA CLARA.

Mi misma cara.

ENRICO.

Echalde vos la tapa. (Ciérrale.)

DOÑA CLARA.

Ya la he echado.

ENRICO.

Mirad hácia el oriente.

DOÑA CLARA.

Ya he mirado.

ENRICO.

Formad una B encima con el dedo.

DOÑA CLARA.

Ya la formé.  
(Corre la tapa y la luna primera, y que-  
da la del retrato.)

ENRICO.

¿A quién veis en él agora?

DOÑA CLARA.

Miro á don Diego, á quien el alma ado-  
LUCÍA. [ra.

DOÑA CLARA.

¿Qué dices?  
DOÑA CLARA.  
Que á don Diego mismo veo.

LUCÍA.

¡Oh, si viera tambien lo que deseo!

ENRICO.

¿A quién quisieras ver?

LUCÍA. Solo querría  
Ver á Zamudio.

*Sale ZAMUDIO.*

ZAMUDIO. Mi señor me envía  
A saber cómo estás.

LUCÍA. ¡Cielo! ¿qué es esto?  
¿Cómo el encanto lo formó tan presto?

DOÑA CLARA. Mi padre ha escrito ya.

ENRICO. Al señor don Diego  
Decid, que con tan bella prisionera  
Con gusto siglos mil preso estuviera.

ZAMUDIO. Un recado te traigo á ti, señora.

DOÑA CLARA. Mi padre sale : es imposible agora.

ZAMUDIO. Oyeme tú.

LUCÍA. ¡Jesus!

ZAMUDIO. ¿Con qué te espanto?

LUCÍA. Con que no eres Zamudio, sino encan-

ZAMUDIO. Loca estás.

LUCÍA. Suelta.

ZAMUDIO. ¿Estos favores medro?

LUCÍA. Encantada figura, *vade arredo.* (Vase.)

ZAMUDIO. ¡Otra es esta! Sin duda, mi Lucía,  
Que me persigue Enrico todavía.  
Mas en esto me deja consolado,  
Que si figura soy, soy encantado; [ras,  
Y hay más de veinte mil, si bien lo apu-  
Que sin ser encantados, son figuras.] (Vase.)

*Salen EL MARQUÉS y DON GARCÍA.*

DON GARCÍA. ¿Qué tenemos?

MARQUÉS. Don García,  
Malas nuevas : doña Clara  
En su rigor se declara;  
Y tanta fué mi porfía,  
Que siendo honesta doncella,  
A confesar la obligué  
Que tiene puesta su fe  
En don Diego, y él en ella.  
A este punto vi cerrado  
El puerto á vuestra intencion;  
Que á don Diego no es razon,  
Cuando así os tiene obligado,  
Ofender.

DON GARCÍA. ¡Ah, ingrata fiera!

MARQUÉS. ¿Qué decis?

DON GARCÍA. Que según siento  
No poder seguir mi intento,

De mejor gana estuviera  
Con mi esperanza en prision,  
Que libre y desesperado,  
Si la libertad me ha echado  
En tan dura obligacion.

MARQUÉS. Al fin palabra le di,  
Tierno á su belleza y ruego,  
De efectuar con don Diego  
El casamiento.

DON GARCÍA. ¡Ay de mi!

MARQUÉS. Tomó ocasion  
De haberse declarado,  
Y vime al fin obligado.  
Ya sabéis cuán fuertes son  
Con un mozo caballero  
Ruegos de hermosa mujer.

DON GARCÍA. Vos, señor, sabéis hacer  
Famosamente un tercero.

MARQUÉS. Es oficio de discretos,  
Y sabéis que no lo soy.

DON GARCÍA. ¿Qué hay de nuestros pleitos?

MARQUÉS. Esperamos los efetos  
De lo que al Rey escribió  
En lo que toca al motin.

DON GARCÍA. ¿Prométenos triste fin  
Vuestra ciencia, Marqués?

MARQUÉS. Mas decidme : ¿cómo os va  
En esta iglesia?

DON GARCÍA. Aunque soy  
Cristiano, palabra os doy  
Que me va cansando ya.

MARQUÉS. Paciencia; que brevemente  
Ver el fin dichoso entiendo.

DON GARCÍA. ¿Quién lo dudará, teniendo  
Tal amigo y tal pariente?

*Sale UN CORREO con un pliego.*

CORREO. Dame á besar esos piés,  
Gran don Enrique.

MARQUÉS. Bien venido. ¿Qué hay de nuevo?

CORREO. Suplicarte que me des  
De don Diego de Guzman  
Noticia; que lo he buscado,  
Y á cuantos he preguntado  
Por él, en decirme dan  
Que á ti venga á preguntallo.

MARQUÉS. ¿Para qué lo buscas?

CORREO. Quiero  
Dalle una nueva, que espero  
Que no poco ha de alegrallo.

Dimela.

MARQUÉS. Desde la corte  
Por las albricias volando  
He venido.

MARQUÉS. Yo las mando,  
Como la nueva le importe.  
Estas gana; que despues  
Don Diego te las dará.

CORREO. Con ese partido va.  
Don Diego de Guzman es  
Marqués de Ayamonte.

MARQUÉS. Muerto su tío?

CORREO. Murió.

MARQUÉS. Pésame del que faltó;  
Mas alégrame el que hereda.  
Dame el pliego, y no le des,  
Hasta avisarte, la nueva.

CORREO. ¿Y si las albricias lleva  
Otro?

MARQUÉS. Yo por el Marqués  
En su casa te prometo  
El oficio mas honrado:  
Por mi ya las he mandado.

CORREO. Digo que tendré secreto.

*Salen ZAMUDIO y DON JUAN.*

ZAMUDIO. Llegó anoche la respuesta,  
Y hoy el juez ha mandado  
Que en esta iglesia mayor  
Se junten los catedráticos  
De la santa teología,  
Y que la leccion cesando,  
Toda la universidad  
Se halle presente al acto.  
El intento no se sabe;  
Mas presto á sabello aguardo,  
Pues que ya á coger lugar  
Corre el pueblo alborotado.

DON JUAN. Ya viene el Pesquisidor,  
Y ya los doctores sabios,  
Luz del mundo, honor de España.  
A esta capilla me aparto.

*Salen DON DIEGO y DON PEDRO; y  
DOÑA CLARA y LUCÍA, tapadas. To-  
can trompetas y atabales; salen EN-  
RICO con capirote y borla azul; el  
PESQUISIDOR con capirote y borla  
verde ó colorada; UN FRAILE DO-  
MINICO ó CLÉRIGO con capirote y  
borla blanca : siéntase el Pesquisidor  
en una silla en medio, á su lado de-  
recho el Fraile en otra, y al izquierdo  
Enrico en un banco.*

DON DIEGO. Bien estaremos aquí.

MARQUÉS. A esta parte retirados  
Para no ser conocidos.

¿Estáis bien?

DOÑA CLARA. A gusto estamos  
PESQUISIDOR.

Sabiendo su Majestad  
Que por la magia ciencia  
Se causan tantos excesos,  
Por su provision ordena  
Que en esta junta de sabios  
Se dispute y se confiera  
Si es licita ó no la magia,  
Y qué fundamento tenga:  
Y esto en presencia de todos,  
Queriendo que todos vean  
La verdad, para que aprueben  
Su rigor ó su clemencia.  
Proponed vos, sabio Enrico,  
Argumentos en defensa  
Desta ciencia que enseñais.

ZAMUDIO. Famosa ocasion es esta  
Para los hombres que saben.

ENRICO. Propongo desta manera.  
 Toda ciencia natural  
Es licita, y usar della  
Es permitido; la magia  
Es natural: luego es buena.  
Pruebo la menor. La magia  
Conforme á naturaleza  
Obra: luego es natural.  
La mayor así se prueba.  
De virtudes y instrumentos  
Naturales se aprovecha  
Para sus obras: luego obra  
Conforme á naturaleza.  
Próbat. Obra en virtud  
De palabras y de yerbas,  
De caracteres, figuras,  
Números, nombres y piedras;  
Todas estas cosas tienen  
Natural virtud y fuerza:  
Luego quien por ellas obra,  
Obra por naturaleza.  
Virtud tienen las palabras;  
Que bien lo prueba la Iglesia,  
Que tantos milagros hace  
Y sacramentos con ellas.  
Tienen con sus mismas cosas  
Natural correspondencia  
Los nombres que puso Adán.  
Luego virtudes encierran.  
No volver suele un dormido  
A un tiro que el aire atruena,  
Y al sonido de su nombre,  
Dicho muy quedo, despierta.  
A los signos celestiales  
Los caracteres semejan,  
Y ellos por la simpatía  
Les comunican su fuerza,  
Como si en dos instrumentos  
De una consonancia mesma  
El uno tocan, el otro,  
Sin tocarle, también suena;  
Como el sol en los espejos  
Hiere y su luz reverbera,  
Y como el eco nos vuelve  
Las voces de entre las peñas.  
Los números, ¿quién no sabe  
Que tienen virtudes ciertas?  
En la música, la octava,  
La sexta, quinta y tercera  
Y sus compuestos dan gusto;  
Todos los demas disuenan:  
Y la consonancia puede  
Hasta en los brutos y peñas.  
El número septenario  
Honró Dios, virtud encierra;  
Y tiene en contados dias

La crisis cualquier dolencia.  
¿Quién no sabe que hay virtudes  
En las piedras y en las yerbas?  
Esto dejo por notorio:  
Con que bien probado queda  
Que la magia es natural,  
Pues lo son los medios della;  
Y con esto, de que es justa,  
Se prueba la consecuencia.  
Añado más : si á los brutos  
Dió el cielo virtudes ciertas:  
Al lobo, de enronquecer  
Al que mira, si antes llega;  
Que el basilisco mirando  
Mate; al gallo que le tema  
El leon; y al elefante  
Un ratoncillo amedrenta;  
¿Qué mucho que estas virtudes  
Por arte ó naturaleza  
Tenga el hombre, rey de todos,  
Y criatura mas perfecta?  
Demas desto, al primer padre  
Le dió Dios aquesta ciencia,  
Y á Salomon la infundió,  
Como mil santos lo prueban.  
Pues, cosa mala por sí,  
No es posible que la diera  
Dios, fuente de sumo bien:  
Luego la mágica es buena.  
Dije.

UNOS. (Dentro.)  
¡Enrico, vitor!

OTRO. ¡Vitor!

OTRO. Cola.

OTRO. Mientes.

MARQUÉS. Agudeza

Tienen sus proposiciones.

DON DIEGO. Es luz de nuestras escuelas.

PESQUISIDOR. Responda el señor Doctor.

DOCTOR. El cielo adiestre mi lengua.  
 Toda regla general  
Es peligrosa y incierta,  
Y usando de divisiones  
Se declaran las materias.  
La mágica se divide  
En tres especies diversas:  
Natural, artificiosa,  
Y diabólica. De aquestas  
Es la natural la que obra  
Con las naturales fuerzas  
Y virtudes de las plantas,  
De animales y de piedras.  
La artificiosa consiste  
En la industria ó ligereza  
Del ingenio ó de las manos,  
Obrando cosas con ellas  
Que engañen algun sentido,  
Y que imposibles parezcan.  
Estas dos licitas son,  
Con que este modo no excedan;  
Mas con capa de las dos  
Disimulada y cubierta,  
El demonio entre los hombres  
Introdujo la tercera;  
Que el mal que quiere engañar,  
Con máscara de bien entra;  
Que no pudiera viniendo  
Con la cara descubierta.  
La diabólica se funda  
En el pacto y conveniencia  
Que con el demonio hizo  
El primer inventor della.

Pruébolo así: Por virtud  
De palabras esta ciencia  
Obra prodigios, que admira  
La misma naturaleza:  
Luego los obra en virtud  
Del pacto implícito, en ellas  
Contraido, del demonio.  
Pruébase la consecuencia.  
Ninguna cosa corrompe,  
Engendra, muda ni altera,  
Si no tiene accion real  
Para hacer en quien padezca.  
Las palabras no la tienen.  
Ni puede de cuerpos y ellas  
Darse contacto real:  
Luego ni cuerpos ni esencias  
Alteran naturalmente:  
Luego es forzoso que tengan  
Fuerza sobrenatural;  
No les ha dado Dios esta:  
Luego dársela el demonio  
Es fuerza que se conceda.  
Más : si en las mismas palabras  
Esta virtud estuviera,  
Dichas por cualquiera, obraran,  
Sin el arte, por sí mesmas;  
Como el hielo siempre enfria,  
El fuego siempre calienta,  
Tal vez á nuestro pesar,  
Por ser su naturaleza;  
Es así que las palabras  
Que el arte mágica enseña,  
No obran sin la intencion  
Del que obrar quiere con ellas,  
O sin mirar á tal parte,  
Bajar ó alzar la cabeza:  
Luego si obran, no es por sí,  
Sino por virtud ajena.  
El argumento traído  
De lo que en la santa Iglesia  
Pueden las palabras, hace  
Mi opinion más verdadera,  
Pues obran por la virtud  
Que la Majestad eterna  
Les dió, cuando instituyó  
Sus sacramentos en ella:  
Luego no obraran por sí  
Si esta ley no les pusiera;  
Y en requerir la intencion  
Del que las dice, se muestra  
Que ellas no tienen por sí,  
Natural virtud ni fuerza  
En caracteres, figuras,  
Lineas, señales y letras.  
¿Quién duda que sus efectos  
De aqueste pacto procedan?  
Pruébolo : Decis, Enrico,  
Que por lo que se semejan  
A los signos celestiales,  
Reciben dellos su fuerza:  
Luego los signos mejor  
Esos efectos hicieran,  
Obrando inmediatamente  
En las humanas materias;  
No los hacen, sin que en ellos  
Tal carácter intervenga:  
Luego el carácter no obra  
Por celestial influencia.  
Demas de que aquellos signos  
Que figuramos de estrellas,  
Son un ente de razon,  
No figuras verdaderas;  
Que ni hay escorpion, ni hay osas;  
Y no habrá quien no conceda  
Que lo que no es, no puede,  
En lo que es tener agencia.  
Fuera desto: al carácter  
Añade palabras ciertas  
El mágico para obrar:  
Luego no está en él la fuerza.  
Añado más : ¿qué virtud,  
Qué actividad, qué potencia

Tiene un carácter inútil,  
Corta línea ó breve letra,  
Para formar de repente  
Nubes, truenos, valles, sierras,  
Cosas que sin mucho espacio  
No puede naturaleza?  
Luego si su modo exceden,  
Los obran algunas fuerzas  
Sobrenaturales: luego  
Diabólica inteligencia.  
Los argumentos que Enrico  
Ha propuesto en su defensa  
Son falsos; que en los espejos,  
El eco y consonas cuerdas,  
Por percusiones reales  
Obra la naturaleza.  
Que entre otras ciencias tuviesen  
Salomon y Adán aquesta,  
Es verdad; pero tuvieron  
Las dos especies primeras,  
Natural y artificiosa;  
Mas la tercera se niega.  
Que tengan los animales  
Ciertas virtudes secretas,  
Concedo; pero tambien  
El hombre muchas encierra,  
Y la virtud natural  
De las cosas no se niega.  
Los números y los nombres  
Son una cosa discreta,  
Ni sustancia ni accidente:  
Luego para obrar sin fuerzas  
En la música las voces,  
En tal número consueñan;  
Mas no del número nace  
Esta consonancia en ellas:  
Y así es forzoso afirmar  
Lo que muchos santos prueban,  
Que es ilícita, pues obra  
Por el demonio esta ciencia.

VOCES. (Dentro.)

¡Victor, victor, victor, victor!

OTRO.

Concluyó: no hay respuesta.

PESQUISIDOR.

¿Qué dice Enrico?

ENRICO.

Yo digo  
Que tienen tanta agudeza  
Los contrarios argumentos,  
Que convencido me dejan.

PESQUISIDOR.

Segun eso, ¿confesais  
Que es arte mala y perversa  
La magia?

ENRICO.

Así lo confieso.

PESQUISIDOR.

Oid, ilustre nobleza,  
Estudiosa juventud  
Desta celebrada Aténas,  
Como ser la magia mala  
Su dogmatista confiesa.  
Esto que veis ha ordenado  
Su Majestad, porque vea  
Esta escuela la justicia  
Con que estas artes condena,  
Porque así no habrá ya alguno  
Que la estudie ni defienda:  
Lo cual en todos sus reinos  
Prohibe con grandes penas.  
Con esto su Majestad,  
Teniendo esperanza cierta  
De que en pechos tan leales  
Habrá la debida enmienda;  
Por mostrar el grande amor  
Que tiene á aquestas escuelas,  
Todas las culpas pasadas  
Del motin y resistencia,  
Del rompimiento de cárcel,  
Y el echar los presos della,  
Perdona á los delinquentes,  
Y encarga que en recompensa  
Desta merced, sus justicias  
Le respeten y obedezcan.

DON DIEGO.

Su Majestad, que Dios guarde,  
Y el cetro mil siglos tenga,  
De vasallos hace esclavos  
Con tan humana clemencia.

DON GARCÍA.

La hacienda, la sangre y vida  
Le ofrezco yo en recompensa.

DON JUAN.

A un rey tan amable y santo,  
¿Quién habrá que no obedezca?

ZAMUDIO.

Bailo, danzo, brinco y salto.

ENRICO.

¡Viva el Rey edad eterna!  
Que obedecerle protesto.

DON PEDRO.

Obra es de sus manos esta.

MARQUÉS.

Nunca ménos prometió  
Su santidad y prudencia.

DOÑA CLARA.

Parabién, don Diego, os doy  
De la libertad.

MARQUÉS.

Y della  
El sí deste casamiento  
Yo por albricias merezca.

DON DIEGO.

Ya yo os he dicho, Marqués,  
Que lo impide mi pobreza,  
Y esto es amor que le tengo.

MARQUÉS.

Si solo topa en la hacienda,  
Aquesa palabra os tomo.  
Ved esa carta; que en ella  
Veréis que ya no podeis  
Negar lo que Clara intenta.  
Marqués de Ayamonte sois.

DOÑA CLARA.

Por muchos años lo seas.

DON DIEGO.

A tí toca el parabién:  
Tú eres, mi bien, la que heredas,  
Pues siendo marqués, soy tuyo,  
Si tu padre da licencia.

DON PEDRO.

Yo soy en ello dichoso.

ZAMUDIO.

Vusia pues le conceda  
A Zamudio que le dé  
La mano á su camarera;  
Que pnes casable se ha hecho,  
No es mucho que yo lo sea.

LUCÍA.

Yo soy tuya.

MARQUÉS.

Y porque es justo  
Que el noble auditorio sepa  
Por qué dicen que engañó  
El gran marqués de Villena  
Al demonio con su sombra,  
Oid: la razon es esta.

Como el Marqués estudió  
Esta diabólica ciencia,  
Tuvo el infierno esperanza  
De su perdicion eterna.

Mas murió tan santamente,  
Que engañó al demonio: y esa  
Es la causa porque dicen  
Que con la sombra le deja.

Dicen que entregó su cuerpo  
A una redoma pequeña,  
Porque en su sepulcro breve  
Incluyó tanta grandeza.

Que quiso hacerse inmortal,  
Dicen, porque su nobleza,  
Su saber y cristiandad,  
Alcanzaron fama eterna.

Y con esto demos fin  
A la historia verdadera  
Del principio y fin que tuvo  
En Salamanca la cueva,

Conforme á las tradiciones  
Más comunes y más ciertas.

## MUDARSE POR MEJORARSE.

### PERSONAS.

DON GARCÍA, galan.  
EL MARQUÉS, galan.  
DON FÉLIX, galan.

OTAVIO, galan.  
FIGUEROA, escudero.  
CLARA, viuda.

LEONOR, dama.  
MENCIA, criada.  
RICARDO, gracioso.

REDONDO, gracioso.  
UN CRIADO.  
DOS MOZOS DE SILLA.

La escena es en Madrid.

### ACTO PRIMERO.

Calle.

#### ESCENA PRIMERA.

DON GARCÍA Y DON FÉLIX.

DON FÉLIX.

¿Llegó la sobrina en fin?

DON GARCÍA.

En fin llegó la sobrina,  
Llegó una mujer divina,  
Un humano serafín.

DON FÉLIX.

¿Mas que hay nuevos sentimientos?

DON GARCÍA.

Apénas, Félix, la vi,  
Cuando posesion le di  
De todos mis pensamientos.

DON FÉLIX.

¿Y la tia? ¿Qué! ¿Hay mudanza?

DON GARCÍA.

Su justo castigo tiene:  
Quien el daño no previene,  
Acuse su confianza.

De si mismo esté quejoso,  
Cuando vierta sangre herido,  
Quien la espada inadvertido  
Puso en manos del furioso.

Si ser amada procura  
Clara, si por mí se abrasa,  
¿Para qué traje á su casa  
Tan soberana hermosura?

Si en la noche tenebrosa  
Sola en el cielo Diana  
Sus cabellos tiende ufana,  
Parece su luz hermosa;

Mas luego que resplandece  
Del sol el claro arrebol,  
Entre los rayos del sol  
Sepultada se obscurece.

Antes de ver á Leonor,  
Confieso que de su tia  
Daba luz al alma mia  
El divino resplandor;

Mas, Félix, despues de vella,  
Clara me ha de perdonar;  
Que era locura dejar  
Tanto sol por una estrella.

DON FÉLIX.

¿No es hermosa doña Clara?

DON GARCÍA.

¿Nunca la vistes?

DON FÉLIX.

Jamas.

DON GARCÍA.

A no serlo Leonor más,  
El cetro sola gozara.

DON FÉLIX.

¡Infamaremos despues  
De mudables las mujeres!

DON GARCÍA.

El mudar los pareceres  
Con causa, de sabios es.  
La mudanza es liviandad  
Cuando, sin nuevo accidente,  
Le da causa solamente  
La propia facilidad.

DON FÉLIX.

Y al fin, ¿en qué estado está  
El recién nacido amor?

DON GARCÍA.

Aun no le he dicho á Leonor  
El cuidado que me da:  
Aunque si bastó el hablalla  
Con las lenguas de los ojos,  
Bien le dije mis enojos  
Con el modo de miralla.

Y si no es que me engañó  
La fuerza de mi deseo,  
Segun me miró, yo creo  
Que mi cuidado entendió.

DON FÉLIX.

Tarde remediar podréis  
Ese fuego que os abrasa,  
Puesto que dentro de casa  
El enemigo teneis;

Que habiendo de estar al lado  
De doña Clara, Leonor,  
¿Cuándo podrá vuestro amor  
Dalle á entender su cuidado?

Y ya que para decir  
Vuestra pena balleis lugar,  
¿Cómo la habeis de obligar?  
¿Cuándo la habeis de servir?

¿No os ha de entender su tia  
La más oculta cantela,  
Si enamorada recela,  
Y si recelosa espia?

DON GARCÍA.

El ánimo no me quita  
La dificultad mayor;  
Que un determinado amor  
Imposibles facilita.

¡Ojalá Leonor me quiera!  
Que si mi afición la obliga,  
La misma nuestra enemiga  
Ha de ser nuestra tercera;

Que si Clara con su amor  
Me da licencia de vella,  
Será el visitarla á ella  
Medio de ver á Leonor.

Y es forzoso que suceda,  
O por arte ó por fortuna,  
Que de mil veces, alguna  
A solas hablarla pueda:

Y vos me habeis de ayudar  
En una traza que intento.

DON FÉLIX.

Ley es vuestro pensamiento,  
Que me obligo á ejecutar.

DON GARCÍA.

A Clara habeis de servir.

DON FÉLIX.

¿Para qué fin?

DON GARCÍA.

De mi amor  
Con tan gran competidor  
La pretendo divertir;

Que repartida y atenta  
A diversas aficiones,  
Me dará más ocasiones  
De hablar á quien me atormenta;

Que son ardidés de Marte  
Divertir y enflaquecer  
Al contrario, con hacer  
Darle guerra de otra parte.

DON FÉLIX.

Sutil imaginacion;  
Mas poco importante agora,  
Porque si Clara os adora,  
¿Qué sirve mi pretension?

DON GARCÍA.

Félix, cuando no mudeis  
Su pensamiento amoroso,  
Por lo ménos, ¿no es forzoso  
Que á resistir la obligueis?

DON FÉLIX.

Si.  
Pues mi intento consigo;  
Porque puesta entre los dos,  
Mientras riñere con vos,  
Dejará de hablar conmigo,  
Y yo entre tanto podré  
Hablar á mi prenda cara.  
Demas de que viendo Clara  
Que me guardais poca fe,  
A truco de que no advierta  
Yo á lo que los dos hablais,  
Mientras de amor la tratais,  
Se holgará que me divierta,  
Hablando á doña Leonor.

DON FÉLIX.

Trocará un daño á otro daño.

DON GARCÍA.

Y para dar á este engaño  
Mayor fuerza y más valor,  
Fingiréis...

(Hablan en secreto.)

### ESCENA II.

REDONDO. — DICROS.

REDONDO. (A don García.)

Si la ocasion  
Nunca vuelve que se pasa,